

Vida maestra: Estanislao Antelo y el oficio de educar



¿Cómo se deja de pensar lo que se piensa? Apuntes sobre una clase del profesor Antelo

*How can we stop thinking what we think?
Notes from a class by professor Antelo*

Ana Abramowski

aabramowski@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-1972-110X>

FLACSO Argentina

Decidí escribir sobre Estanislao Antelo profesor. Y me voy a detener en la que fue, en varias ocasiones, su primera clase de Pedagogía.

“¿Cómo se pasa de A a B? ¿Cómo se pasa de una convicción a otra convicción?”, preguntaba Antelo luego de un breve ritual de presentaciones. Y mientras sus palabras todavía resonaban en el aula escribía en el pizarrón una A seguida de una flecha que apuntaba a una B. Esperaba un ratito, el tiempo que le demandaba dejar la tiza y darse vuelta, y rephraseaba la pregunta: “¿Cómo se deja de pensar lo que se piensa?”

Así de desconcertante era el inicio de la cursada de Pedagogía, bien lejos del aburrido primer día en el generalmente no pasa nada, porque el tiempo se diluye leyendo el programa, avisando cuándo y cómo serán las evaluaciones o dónde estarán las fotocopias de la bibliografía. Antelo entraba al aula sin otro móvil que el de compartir lo que estaba leyendo o alguna idea que lo estaba inquietando. No sé si era una virtud o una simple limitación: no podía dar clases de otro modo.

Las intervenciones de los estudiantes no tardaban en llegar: “Te das cuenta que estabas equivocado y cambiás de opinión”. “Alguien te explica, te da buenas razones y te convence”. Argumentos sólidos, discusiones aguerridas y personalidades persuasivas eran los motivos que primaban a la hora explicar el pasaje de A a B. Antelo retrasaba su intervención teórica y sostenía la pregunta inicial sumando ejemplos: “Sos hincha de Rosario Cen-

tral, estás feliz con tu camiseta y tu carnet y vas todos los domingos a la cancha, ¿con una explicación ‘sólida’ te harías hincha de Nuls?” “Tu novia Susana es el amor de tu vida, ¿con qué ‘buena razón’ alguien te convencería de que te separes de ella y te vayas con Mirta?”

Mientras trabajaba de profesor, Antelo practicaba aquello que escribía en sus artículos, eso de que enseñar es intervenir, entrometerse; es decir, ser un poco hinchapelotas. A partir de su obstinada insistencia, los argumentos se probaban, se miraban de un lado y del otro, y había que aguantarlos para ver si tenían alguna chance de sobrevivir. En este caso, no dejaba que se escapara del aula el problema de la posibilidad de cambiar de convicción.

La preocupación por el cambio –por cambiar de idea, por seguir un curso de acción diferente, por cambiar la sociedad– sobrevuela el ámbito educativo, aunque poco se repare en la complejidad teórica y práctica que supone esta tarea. Va de suyo que *el cambio es posible con más y mejor educación o que la educación debe cambiar*, y slogans como éstos, lamentablemente muy comunes en los espacios formativos, nos alejan del meollo del asunto: ¿en serio es tan fácil cambiar de posición, de idea, de convicción, de descripción del mundo? ¿En serio es tan fácil dejar de pensar lo que se piensa?

Antelo discutía, tácitamente, sin confesárselo al auditorio, con una batería de afirmaciones sedimentadas en el campo de la Pedagogía referidas a la toma de

conciencia y al valor de la deliberación y la transparencia comunicativa. Pero, sobre todo, se peleaba con aquella plétora de enunciados edificantes, bien intencionados y moralmente correctos que no llegan a tocarles ni un pelín a las apoltronadas convicciones que todos tenemos.

En algún momento del intercambio, algún detalle le permitía a Antelo dar un salto y abandonar la fórmula original para sustituirla por otra: “Es imposible pasar de A a B”, decía y tachaba. “Se pasa de A a no-A y recién después a B; es decir, no se puede pasar de *una* convicción a *otra* convicción, se pasa de *una falta* de convicción a *una* convicción”. Esta idea –que en la clase se materializaba en ejemplos tomados del fútbol, el amor, la política o los mandatos relativos al género– la tomaba de un libro de Ernesto Laclau, *Emancipación y diferencia* (1996). Y en la ficha de cátedra se sumaba el siguiente fragmento:

Si alguien está perfectamente satisfecho y bien instalado en la descripción A, él no tiene ningún motivo para pasar a la nueva descripción B. La única salida de este impasse es si la descripción B no viene a reemplazar a una descripción A plenamente vi gente, sino que provee una descripción a una situación que ha pasado a ser crecientemente indescriptible en términos de un viejo paradigma. Es decir, que el único modo en que el proceso de convicción puede operar es si pasa de la falta de convicción a la convicción, no si pasa de una convicción a otra. Eso significa que la función de un nuevo lenguaje es llenar un vacío (...) Si acordamos que la condición de una redescripción exitosa es que ella no sólo reemplace a la anterior sino que ella también llene el vacío abierto en la descriptibilidad general de una situación, entonces la redescripción válida tendrá una identidad dividida: por un lado ella será su propio contenido; por el otro, ella encarnará el principio de la descriptibilidad como tal –es decir, lo que hemos llamado forma general de la plenitud (Laclau, 1996, p. 170).

Entonces, si estás satisfecho con tu convicción (en la política, el amor, el fútbol y un largo etcétera), es decir, si hay un contenido que encarna la forma de la plenitud, no hay posibilidad de abandonar A y optar por B. Tiene que pasar algo para que la convicción A no sirva más, para que se convierta en un paradigma viejo e inoperante, de modo que se visibilice una falta al interior de la estructura (Laclau, 1996). ¿Y cómo se pasa de A a no-A? ¿Cómo se desfondan o desploman las convicciones existentes –esas que nos tienen tan cómodos o pipones, como habría dicho Antelo–, para que se genere el vacío que luego será colmado por B? Siguiendo una vez más a Laclau, la mera

persuasión no tiene chances de desbarrancar convicciones. Tiene que suceder algo, al interior de la estructura, que opere con la fuerza de la externalidad. Porque es cuando “nuevos elementos entran en el cuadro” que se advierte que “la vieja regla es incapaz de hegemonizarlos” (1996, p. 206).

Luego, se sumaría al planteo la noción de “causalidad retroactiva” tal como la trabajaba Slavoj Žižek (1992): no podemos anticipar, bajo la lógica de la causalidad lineal o proactiva, cuáles serán las causas que darán como resultado un cambio de convicción. Es decir, no podemos formalizar y prever este movimiento –de A a no-A y luego a B– con una fórmula del tipo: $C1 + C2 + C3 = \text{desfondamiento de convicción y espacio para una nueva convicción}$. Solo retroactivamente podremos reconstruir las causas que originaron estos desplazamientos.

Quienes estén leyendo estas páginas tal vez se estén preguntando cómo sé qué sucedía en la primera clase de la materia que dictaba Antelo. Entre 2006 y 2016 fui su asistente en la cátedra de Teorías de la Educación en la Universidad de San Andrés. Recuerdo mis anotaciones desprolijas, con flechas, tachones y mis propias preguntas, aquellas que evitaba formular para no interferir en el debate de esos jóvenes ingresantes a la carrera de Licenciatura en Ciencias de la Educación.

La clase de Antelo no tenía moraleja. No había unas convicciones malas para abandonar y otras buenas para asumir. Tampoco había alguna arenga a favor del cambio. El hombre es la única criatura susceptible de convertirse en imbécil, decía Antelo rephraseando a Rousseau, así que dejar de pensar lo que se piensa podía implicar dejar de pensar de manera racista o machista, pero también abandonar la convicción acerca de la importancia de la justicia social o de la redistribución del ingreso.

En esa primera clase, como en tantas otras, Antelo ponía a prueba unas ideas que no habían sido pensadas desde el interior del campo de la Pedagogía y que, en este caso, arrinconaban a algunos de sus caballitos de batalla más robustos: la explicación, la persuasión y la deliberación. Y este artilugio hacía que el discurso pedagógico –con su dedo mandón, su afán de decir lo que hay que hacer y su fantasía demiúrgica– bajara un poco el copete. Pero la clase no tenía un afán nihilista ni buscaba producir impotencia. Me gusta pensar que Antelo profesaba, y sin proponérselo enseñaba, un rechazo genuino a toda forma de pleitesía y solemnidad. Con las ideas, los grandes nombres y los enunciados grandilocuentes. Ese era su método, que hoy es su legado.

Referencias

- Laclau, E. (1996). *Emancipación y diferencia*. Ariel.
Žižek, S. (1992). *El sublime objeto de la ideología*. Siglo XXI.

ISSN: 2362-3349

Cita sugerida: Abramowski, A. (2026).
¿Cómo se deja de pensar lo que se piensa?
Apuntes sobre una clase del profesor Antelo.
*Revista de la Escuela de Ciencias de la
Educación*, 1(21).

Recibido: 14 de noviembre de 2025
Aprobado: 30 de noviembre de 2025
Publicado: 1 de enero de 2026

Facultad de Humanidades y Artes - UNR